

nido en Apatzingan, llamó Morelos á los diputados al pie de unos naranjos y les dijo:

—Aquí está ya concluida la Constitución, deliberen ustedes sobre ella tranquilamente que yo salgo con la escolta que manda Lobato á cuidar los alrededores y con mi cabeza les respondo de que no será turbada su tranquilidad.

Al mismo tiempo entregó á Liceaga el precioso documento que quedó intitulado después de quince días de debates: "Decreto Constitucional para la libertad de la América Mexicana sancionado en Apatzingan á 22 de Octubre de 1814".

Entre tanto el congreso siempre perseguido, seguía activamente ocupado en sus trabajos en que estaban fincadas todas las ilusiones y todas las esperanzas de Morelos, en cuyos trabajos este general empleaba todo el tiempo que tenía libre, indemnizándole su pechudamente de la pena que debió causarle el que se le diera el mando de las armas para el que era mas capaz cambiándose por el muy honorífico pero muy pasivo de Presidente ó jefe del poder Ejecutivo.

Una mañana de Octubre, el memorable día de ese mes y del año de 1814, cuando el congreso tenia

se reunieron en las mesas viradas traídas de Guanajuato y de Querétaro; hicieron bailes y festines; los señores se vistieron como verdaderos generales. Con este traje riquísimo y el mismo Morelos, encadenado como estaba por la junta, y el único hombre entonces capaz de hacer temblar al enemigo, después la circunspección y el sentimiento, tomó parte con gran entusiasmo en los ejercicios públicos, oyéndosele exclamar que aquel día había sido el mas fausto de su vida, creyendo que el día del campamento, iba á salir para otros países independientes más gloriosos, el título de **CAYÓ EL GIGANTE** ya todos iban á tener una ley común á que sujetarse y el orden y la moralidad y la disciplina y el buen gobierno, habían centrado sus fuerzas apoyadas en

Cuando se llegaba el día en que ya aprobada la Constitución debía jurarse y publicarse con las solemnidades debidas, Morelos esparció la voz de que iba á verificarse este acto en Pátzcuaro, para lo cual reunió algunas fuerzas y practicó varios movimientos que tuvieron por objeto la concentración en Apatzingan. Había allí, pues quinientos hombres desnudos; pero los vocales, dando cada cual lo que pudo, lograron reunir los fondos suficientes para vestirlos, pues eran los que habían de formar la columna de honor en las ceremonias.

Juróse la Constitución, dice Bustamante, con una solemnidad inexperada; como por magia se reunieron los pueblos formando una ciudad de un desierto, se

servieron en las mesas viandas traídas de Guanajuato y de Querétaro; hicieronse bailes y festines; los gefes se vistieron como verdaderos generales. Cos estrenó un traje riquísimo, y el mismo Morelos, encadenado como estaba por la Junta, y el único hombre entonces capaz de hacer temblar al enemigo, depuso la circunspeccion y el sentimiento, tomó parte con gran entusiasmo en los regocijos públicos, oyéndosele exclamation que aquel dia habia sido el mas fausto de su vida, creyendo que de aquel grandioso acto que acababa de verificarse en medio del campamento, iba á salir para otros gefes independientes más afortunados, el triunfo de la revolucion, porque en adelante ya todos iban á tener una ley comun á que sujetarse, y el orden, y la moralidad, y la disciplina y el buen gobierno, harian centuplicar sus fuerzas apoyadas en el mayor prestigio.

Además de todo esto, se mandó grabar una medalla conmemorativa, se dijeron discursos y sermones, se nombraron las nuevas autoridades, se dió tambien un banquete á los soldados que fraternizaron con las gentes del pueblo, gastándose en todo, con la economia debida, la humilde cantidad de ocho mil pesos, sin tener en cuenta la pólvora que se quemó en salvas.

En los momentos en que se daba á luz la Constitucion de Apatzingan, llegaban á México las nuevas noticias de España, segun las que Fernando VII habia sido repuesto en el trono por Napoleon I, despues de pasar por las respectivas humillaciones, habiéndose

se con ese motivo anulado la Constitucion española y todo lo que habian hecho las córtes revolucionarias, mandándose reponer el tribunal de la Inquisicion, volviéndose en todo y por todo á los tiempos odiosos del absolutismo, de modo que Calleja que habia disuelto á su vez los ayuntamientos populares, que habia puesto en vigor todas las disposiciones despóticas que antes existian y que estaba en su elemento ejerciendo las facultades omnímodas del representante de un monarca, no pudo menos que irritarse del modo mas violento luego que supo que andaba ya circulando la carta constitucional de los insurgentes, mandó que con los demas manifiestos y y proclamas y efigies de sus autores se quemara por mano del verdugo en medio de la plaza y en bando solemnísimo dispuso que se hiciera lo mismo en todas las provincias, prohibiendo que circulara y que el que no entregara esa clase de papeles sufriese pena de muerte y confiscacion de bienes, imponiendo de nuevo iguales penas á los que defendieran la independencia ó hablasen en favor de la revolucion, lo mismo que á los que no los delatasen.

Ya no se diria en lo sucesivo "insurreccion" ni "insurgentes," sino "rebelion" y "traicion," "traidores" y "rebeldes," bajo penas severas á los que hablasen de otro modo tratándose de los enemigos del gobierno. Todos los ayuntamientos, curas, vecinos acomodados y pobres, debian mandar actas protestando contra la Constitucion de Apatzingan. A esos decretos draconianos siguieron las persecuciones más bár-

barás contra los desafectos ya armados ó pacíficos, declarándoseles una guerra más cruel y más sangrienta que hasta entonces, dándoseles facultades á los gefes-cillos, sin ninguna limitacion, para que llevaran á cabo la mortandad. Y como si esto no fuera suficiente, las autoridades eclesiásticas por su parte publicaron edictos prohibitivos contra los papeles que daban á luz los insurgentes estableciendo á diestro y siniestro la excomunion mayor hasta contra los que pensarán en la independencia como cosa del diablo que envolvía la traición á la patria y la desolacion de la Iglesia, mandándose á todos, eclesiásticos ó no, que combatieran los principios contenidos en aquellos escritos, conminando con grandes penas á los que usasen de indiferencia. La inquisicion, que ya estaba de nuevo establecida, no se quedó tampoco corta en amenazas y censuras, mandando á los mismos confesores que denunciasen á los que les revelasen adhesion á la revolucion en el tribunal de la penitencia. Por su parte algunos obispos, canónigos y simples sacerdotes españoles publicaron escritos mas ó menos ardientes sobre la materia, concurriendo todos á demostrar que les habia picado en lo mas vivo la expedicion del decreto constitucional del congreso mexicano.

Los insurgentes por su parte, hacian que los curas leyeran y juraran su Constitucion en los pueblos que ocupaban, haciéndola jurar por todos los habitantes que habian á las manos, lo cual daba origen á sangrientas represalias y á que el número de gentes

pacíficas sacrificadas por los realistas fuese mucho mayor.

Naturalmente Calleja, que habia hecho uso de todo su poder moral en contra de los actos del congreso, tenia que redoblar la persecucion que de tiempo atras estaba haciendo á los vocales de la Junta, no dejándoles lugar seguro en donde reunirse, por lo cual Morelos, viendo á los que formaban su gobierno en tan grandes apuros, consideró que era llegado el caso de proporcionarles alguna poblacion en donde pudieran trabajar con algun descanso, pues eran enormes los sufrimientos que pasaban en sus peregrinaciones y con ese propósito les habló del proyecto de situarse en Tehuacan, haciéndoles ver algunas ventajas.

—¿Irnos á Tehuacan? preguntó Liceaga azorado; pero eso no será mas que cambiar los peligros inciertos por otros más verdaderos.

—No lo creo así, le replicó Morelos con calma. Ahora tenemos sobre nosotros al italiano Claverino con quinientos hombres que han triunfado de todas las partidas que rodeaban á Valladolid, el cual no tardará en darnos alcance, y sin ese gefe, que de por sí es audaz y activo, tendremos otra vez por aquí á Iturbide, que segun sé, se está preparando para otra nueva expedicion que lo desquite del chasco que le hicimos pasar hace nueve meses.

—Sí, es verdad, hace nueve meses apenas pudimos escapar del feroz Iturbide, pero entonces estábamos descuidados y hoy estamos alerta.

—Entonces teníamos mas amigos que nos avisaran y mas fuerzas en los contornos que nos protegieran.

Verduzco, que tambien sentia repugnancia hácia tal expedicion porque no conocia bien aquellos lugares, arguyó por su parte:

—Señor general Morelos, me parece que el plan que vuestra excelencia nos propone de irnos desde aquí hasta Tehuacan es de los más descabellados.

—¿Por qué? preguntó el paciente cura sin dar la menor muestra de contrariedad.

—Por la misma razon que vuestra excelencia acaba de exponer, porque no tenemos suficientes tropas que nos escolten en una tan larga travesía.

—Ese seria el menor inconveniente, se apresuró á contestar Morelos; yo me comprometeria á reunir una escolta de mas de mil hombres con la cual podríamos abrirnos paso si fuera necesario.

—Sin embargo, no alcanzo el objeto que pudiera tener esa traslación.

—Lo que es eso, dijo por su parte Quintana, que parecia inclinarse al partido de Morelos, lo que es eso sí lo veo yo bastante claro. El congreso tendria en Tehuacan más ancha esfera de accion, haria desde luego terminar las rencillas que existen entre Rosains, Rayon, Rocha, Victoria y demás gefes de aquel rumbo, que no solo á nadie obedecen, sino que están dando escándalos á cada momento, haciendo armas unos contra otros sin hacer ya ningun caso del enemigo.

—Creo que no se mostrarían mas obedientes con nosotros, murmuró Liceaga.

—Yo les juro á ustedes que los obligaré á la obediencia, exclamó Morelos, á la vez que con convicción con cierta solemnidad que á todos les impuso.

—¿Pero no seremos perseguidos en Tehuacan como en todas partes? preguntó Verduzco.

—Allí se podrá reunir un ejército de cinco ó seis mil hombres solo con las fuerzas que existen ahora, dijo Morelos, mientras que aquí con apuros podré reunir los mil hombres que tengo ofrecidos para la escolta del congreso.

—Está bien, contestó Liceaga, yo por mi parte no me opongo á que se verifique ese viaje, pues realmente veo que por acá no podremos ya permanecer mucho tiempo. Ahora lo que importa allanar son las dificultades del camino.

—Yo me encargo de todo, dijo Morelos lleno de alegría, pues lo que quiero á costa de mi sangre es que no se pierda este centro de autoridad que es el que debe servir de mayor apoyo á la revolución.

Inmediatamente se abrió la sesion y con las solemnidades debidas el congreso autorizó á Morelos para que pudiera tomar el mando de las tropas, encargándose de la ejecucion del atrevido proyecto que habia iniciado; se nombró la junta de gobierno subalterna que se encargara de la provincia de Valladolid y demás que se conquistaran, extendiéndose su dominio hasta Texas, y se dictaron las demás providencias del caso.

Morelos, contando de antemano con que la Junta aprobaria su dictamen, una vez que era la única salvacion que tenia, rodeada como estaba de enemigos por todas partes y de que Calleja lo que meditaba con mas ahinco era dar un golpe á aquel centro de autoridad, para terminar con él la revolucion, habia ya expedido las órdenes respectivas para que se reunieran en Huertamo las partidas de Bravo, Páez, Carbajal é Irrigaray que con su escolta formaban el total de mil hombres que habia ofrecido, y á Sesma, Guerrero, Terán y otros que podian reunir un ejército mayor, les ordenó que se colocaran en el paso del río Mescalá para recibirlo y sostenerlo. Aquí es preciso decir que ninguno de esos gefes acudió á la combinacion ó porque no pudieron, ó porque no quisieron, ó porque no recibieron los pliegos oportunamente.

Tomadas todas estas y otras disposiciones que dieran las seguridades posibles á tan arriesgada expedicion, se verificó la salida de Uruapan el 29 de Septiembre de 1815.

Los individuos que formaban los tres poderes ejecutivo, legislativo y judicial, eran cosa de unos diez y ocho con sus secretarios, habiéndose separado por diversos motivos, Liceaga y Cos, los licenciados Sanchez y Arias, el Dr. Argandar, Issaga, Villaseñor y Verdusco. Cada uno de los que iban á emprender el viaje recibiria seiscientos pesos para sus gastos, formándose con los pocos caudales restantes, con los

viveres y municiones un convoy bastante considerable.

Por la orden general mandada publicar á toque de tambor por Morelos en virtud de sus facultades, todos debian ir sujetos á la disciplina militar, caminando en rigurosa formacion y recibiendo su racion á las horas de costumbre como los soldados, sin diferencia de categorias, debiéndose pernoctar siempre á campo raso para mayor seguridad.

El virey como era muy natural que sucediera, tuvo noticia exacta de los movimientos del cura Morelos y del congreso, tanto por sus espías, como por sus partidarios, como por los traidores que habia entre los insurgentes. El mismo Rossains, á pesar de su categoria de segundo en jefe del ejército independiente habia entrado en relaciones con Calleja para indultarse y fué el primero que mandó á México el pliego original de Morelos con todos los detalles que le daba para que tambien protegiese la expedicion. Casi se puede decir que ese miserable traidor fué el que puso en peligro de que terminara en aquella vez la causa de la revolucion, tanto por sus cobardias é infamias en el desempeño de las comisiones que indignamente recibiera del noble caudillo á quien habia servido de secretario, como por las bajezas que cometió sacrificando á cuantos pudo para hacerse grato á los realistas.

Ahora vamos á ver los males que causó desde luego con su infame traicion. El virey advertido, repen-

mos, en primer lugar por el traidor Rossains y en seguida por tantos otros, de las maniobras de Morelos, con la actividad que le era característica, destacó al teniente coronel D. Manuel de la Concha con seiscientos hombres para salir al encuentro de los independentes, por Toluca, dando órdenes para que lo auxiliaran á Claverino, á Aguirre y á todos los demas gefes que tenían destacamentos que pudieran utilizarse en ese movimiento general de circunvalacion que debían estrechar hasta no dejar paso posible al puñado de hombres que llevaba Morelos. Es fuerza advertir que de los mil hombres que este llevaba solo quinientos tenían armas de fuego, no contando con mas artilleria que con dos pedreros, mientras que las tropas realistas destinadas para atacarlo, pasaban de ocho mil hombres en secciones, bien montados y armados y bien dotados de artilleria, encontrándose entre esas fuerzas la flor del ejército en gefes, oficiales y tropa.

Al astuto Morelos no se le ocultaron ninguna de las maniobras mandadas ejecutar por el virey, ni los recios peligros en que pronto iba á verse envuelto y lo que hizo para burlar la vigilancia del enemigo fué variar sus marchas constantemente y destacar partidas por diversos rumbos para hacerlos perder la pista, de manera que no se pudiera saber á punto fijo por donde debía pasar el rio Mescala, pero como para que tuviera efecto su estrategia tenia que dar aviso de sus proyectos reales á Rossains y demas gefes que esperaba acudieran á reforzarlo, esas instrucciones detalladas eran enviadas por los traidores á Ca-

lleja ó eran interceptadas, de modo que podia, haciendo uso de correos extraordinarios, dictar medidas oportunas.

Sin embargo, Morelos pudo aun burlar la vigilancia de todas las fuerzas que lo acosaban, logrando aunque con muchas dificultades por la falta de canoas que se habian recogido, pasar el rio en el punto llamado Tenango, y decir á los del congreso en Texmalaca distante ya seis leguas del paso el dia 3 de Noviembre á la madrugada:

—Ahora sí, amigos míos, pueden ustedes descansar todo este dia en que la misma tropa necesita reponerse de tantas fatigas, porque creo que estamos en salvo.

Pero no contaba el insigne párroco con la incansable actividad del asesino Concha, que era el que seguía sus pasos mas de cerca, el cual caminó toda la noche del 3 y todo el dia 4, alcanzándolo el 5 cerca del pueblo de Coesala. Mientras pudo Morelos lo entretuvo con escaramuzas, pero temiendo que la fuerza realista siguiera engrosando, pues ya pasaba de ochocientos hombres, se resolvió á presentarle batalla, la cual se perdió por haber sido envuelta y puesta en desorden la derecha mandada por Lobato.

—Aquí los míos! gritó Morelos deteniéndose en la falda de un cerro por donde seguia el alcance la caballeria enemiga, los que sean valientes y patriotas sacrifiquen aquí su vida conmigo para que se salve el congreso.

Su afán principal era detener media hora más al enemigo para dar tiempo á los vocales á fin de que se pusieran en salvo.

Solamente sus criados Nicolas y Francisco y unos diez hombres más de su escolta, de los que le habian servido desde el principio de la revolucion, fueron los que acudieron á su voz rodeándolo para ampararlo de los tiros del enemigo.

Batiéndose con este puñado de hombres se fué retirando hasta una cañada. Bien pronto vió caer muertos á sus dos servidores mas fieles que habian seguido defendiéndole con bizarria al arma blanca. Tras Nicolas y Francisco cayeron tambien cinco hombres de su escolta. De un tiro cayó tambien su caballo.

—Sálvense como puedan, les dijo á los dos compañeros que sobrevivian y por mí no tengan cuidado.

Aquellos, que no esperaban otra cosa, se retiraron á escape sin dejar por eso de ser alcanzados y lan- ceados á los pocos pasos.

Morelos se cruzó de brazos y esperó á que llegara el oficial D. Matias Carrasco que habia sido insubordinado á sus órdenes, que se habia pasado á los realistas y puesto á las órdenes de Concha.

—Señor Carrasco, le dijo con el mayor sarcasmo luego que aquel se le aproximó, creo que nos conocemos.

Y como aquel vacilara, agregó:

—Puede usted llegar, no tengo arma ninguna.

Morelos fué llevado á presencia de Concha y su

aprehension celebrada con regocijos indescriptibles por las fuerzas de este y de Villasana que llegaron despues del combate. A la mañana siguiente, estando en compañía del padre Morales, que tambien cayó prisionero, en una casucha del pueblo llena de centinelas, fueron á verlo Villasana, Concha y todos los oficiales.

—¿Me conoce usted, señor cura? le preguntó Villasana.

—No conozco á usted, le contestó Morelos volviéndole la espalda.

—Pues yo soy Villasana, prosiguió diciendo el gefe realista y mi compañero es el Sr. Concha. Pero dígame: si la suerte se hubiera feriado y me hubiera usted cogido á mí ó á mi compañero el Sr. Concha?

Morelos se volvió y contestó con toda arrogancia:

—Yo les doy dos horas para confesarse y los fusilo.

Se quedaron todos atónitos con semejante respuesta y solo hasta despues de mucho rato se le ocurrió decir á Villasana:

—Pues ya ve usted que las tropas del rey no son tan crueles, sino que dan cuartel.

El caudillo inpediente clavó una mirada en Villasana llena de sarcasmo y le dijo con voz que revelaba la mayor tranquilidad:

—Desearia saber, señores, si las órdenes que ustedes tienen son para fusilarme luego ó si se me reserva para pasearme por el pais y hacerme sufrir las humillaciones de costumbre para irme á ejecutar en

México, con la consabida protesta de arrepentimiento que se inventa despues.

—Llevaremos á usted á México, señor Cura, le contestó Concha.

—Esta bien.

Aquel hombre que siempre les habia causado terror, les inspiraba ahora respeto, y todos se volvieron á salir del cuarto sin osar injuriale, admirando su calma y su valor.

—No conozco á usted, le contestó Morelos volviéndole la espalda.

—Pues yo soy Villasana, prosiguió diciendo el generalista y mi compañero es el Sr. Concha. Pero dígame: si la suerte se hubiera torcido y me hubiera cogido á mí ó á mi compañero el Sr. Concha, ¿usted se volvió y contestó con toda arrogancia: Morelos se volvió y contestó con toda arrogancia: —Y o les doy dos horas para confesarse y los fusilo. Se quedaron todos atónitos con semejante respuesta y solo hasta despues de mucho rato se le ocurrió decir á Villasana: —Pues ya ve usted que las tropas del rey no son tan crueles, sino que dan cuartel.

El candillo inpediente clavó una mirada en Villasana llena de sarcasmo y le dijo con voz que revelaba la mayor tranquilidad: —Desearia saber, señores, si las órdenes que ustedes tienen son para fusilarme luego ó si se me re- serva para pasarme por el país y hacerme sufrir las humillaciones de costumbre para irme á ejecutar en

—Ya ya estoy entendido de eso y solo lo he hecho coronel como á su superior para que se vea que el rey así como castiga con mano fuerte á sus enemigos nos ha premiado con largueza á sus fieles servidores.

—Por lo demas Cortasco está por su parte muy bien recompensado con su ascenso, su medalla y el honor que tiene recibido.

—Solo tengo que referir á vuestra excelencia que la salida de Villasana y el Sr. Concha, resumiendo solo al

CAPITULO LV.

CONSUMATUM EST.

—Mi querido Concha, exclamó Calleja, sin poder reprimir el inmenso regocijo que experimentaba, atrayéndole cariñosamente á sus brazos, me es grato felicitar á usted de palabra despues de haberlo hecho por escrito, agregándole que ademas del empleo de coronel que le he conferido, puede disponer de diez mil pesos para que tome la mitad y el resto lo distribuya entre los que tomaron parte en la aprehension de Morelos.

—Excelentísimo señor, contestó Concha abrazando con sumo respeto al virey, recibo conmovido todos estos agasajos, haciéndole observar solamente que Villasana, aunque venia tambien en persecucion del congreso, no llegó sino seis horas despues de la batalla.....